

## Teología: ¿Jutzpá?



### **Analia Bortz**

La rabina Analía Bortz recibió su ordenación en 1994 en el SRL. Es también Doctora y posee un posdoctorado en Bioética. Actualmente se desempeña junto a su esposo, el rabino Mario Karpuj, como rabina fundadora de la comunidad Or Hadash en los Estados Unidos.

Las puertas de la unidad de cuidados intensivos del hospital pediátrico Scottish Rite en Atlanta-Georgia, se abrieron de par en par. Jaren, un hermoso niño de 7 años quien solamente 48 horas antes estaba compitiendo con su hermano Joshua para ver quién encontraría el afikoman en la noche del Seder de Pesaj, yacía inmóvil, entubado, mientras su monitoreo cerebral indicaba que sólo unos instantes separaban la vida de su muerte. Jaren, quien hasta hace pocos días competía en deportes y tocaba con gran destreza la guitarra eléctrica, se acurrucaba en su almohada encarcelado, atrapado por cables, tubos, y vías nasogástricas que lo mantenían artificialmente con vida hasta que fuera el momento de decir adiós a todos su familiares y maestros que lo vieron crecer y desarrollarse hasta ese momento en el que su glioblastoma le recordó que 7 años sería su capacidad total y su extensión en este universo terrenal.

Padres, abuelos, familiares y maestros derramaban sus lágrimas en una incomprensible y desesperada búsqueda de respuestas que nunca llegarían. Sólo la incertidumbre de lo inverosímil, la vida colgando de una frágil cuerda que sostiene al acróbata no sabiendo qué esperar, hamacaban al cuerpo de Jaren como un péndulo que golpea hasta desgarrar.

La opresiva sensación de fragilidad frente a la desesperante imagen de un niño peleando por su vida es un desbastador estremecimiento de la autopercepción de vulnerabilidad. El funeral de Jaren sucedió durante Jol HaMoed Pesaj (los días intermedios de la festividad de Pesaj), mientras festejamos la liberación de nuestra esclavitud y nos sentamos a la mesa a contar una y otra vez un relato que nos es familiar pero que despierta nuevos interrogantes, cuando los niños indagan en las cuatro preguntas que provocan curiosidad.

Jaren era depositado en un simple cajón de madera, introducido en la tierra y sus padres se sentían esclavos de una opresión que vencía al corazón, ultimaba la historia y anulaba la palabras curiosas de un niño. Mientras muchos preguntaban: “¿*Dónde esta Dios?*” Yo encontré en las palabras bíblicas del libro de Crónicas “*Feliz es el hombre que **BUSCA** a Dios*” un consuelo en la oportunidad de seguir indagando y no necesariamente de haber encontrado.

En la Teología del Proceso, basada en la Filosofía del Proceso, concepto acuñado por Alfred North Whitehead (1861-1947), se identifica una realidad metafísica de cambio y desarrollo. Dios cambia y nuestra percepción de la transformación teológica es una invitación a acompañar el proceso dinámico de este cambio que en movimiento constante, influye a nuestra percepción del involucramiento Divino en nuestro ámbito naturalmente humano.

El conocimiento **absoluto** de Dios no sería posible en su aspecto de Revelación. Lo inmutable no es posible en un universo en constante movimiento. La invitación a un dinamismo que se aplica constantemente a nuestra esencia influye en nuestra transcendencia y detiene la parálisis de las múltiples posibilidades del devenir, transformando la potencialidad en una realidad asequible.

En mi humilde opinión, el Rabino Dr. Bradley Artson, construye una estructura filosófica y teológica que eleva este concepto del movimiento a una escala aún más elevada. Artson acuña el concepto de *hyetology, the God of Becoming*, otorgándonos el confort en la búsqueda de Dios y sus variables facetas, tanto versátiles como volubles. Ese es el Dios que me inspira a buscar. No aquel Dios intransigente, bíblicamente beligerante, todopoderoso, omnisciente, omnipotente, dominante, intolerante, sino un Dios presente que acompaña, que se apiada, que escucha, que llora, que celebra, que camina en un movimiento constante.

Un Dios que le abre las puertas a Kafka en su juicio.

Un Dios que dialoga con Heschel construyendo santidad en tiempo y espacio.

Un Dios que alaba a Jonas Salk erradicando la poliomielitis.

Un Dios que llora con Ellie Wiesel.

Un Dios que abre las puertas del cielo en Kol Nidre.

Un Dios que aplaude en la clínica de maternidad.

Un Dios que llora en el cementerio.

Un Dios que celebra a una novia.

Un Dios que extiende la mano al necesitado.

Un Dios que viste al alma desnuda.

Un Dios que consuela al huérfano.

Un Dios que exalta a Sus hijos que cuidan de Su creación.

Es en este encuentro con un Dios presente y dinámico, que la teología del proceso reside y florece. La oscuridad opresiva de un Dios al que debemos responder a través del juicio asfíxia, rechaza, impugna, repele. Esa intransigente percepción induce al abandono. El Dios benevolente, asequible, accesible, susurra una entrada a un diálogo abierto, albergado en claridad y calidez.

El primer intento de diálogo entre Dios y el hombre es a través de una pregunta: *¿Ayeka?* “¿Dónde estás?” le pregunta Dios a Adam. Es la potencialidad del ser, la posibilidad de estar, el dinamismo de lo oculto y la iluminada apertura, es la pregunta que no necesariamente está acompañada de respuesta que motiva a buscar. Constante movimiento que impulsa a seguir buscando sin necesidad de cerrar capítulos.

Es ese Dios del devenir constante que nos pregunta: ¿Dónde estás?

Cuando le preguntaron al Kotzker Rebbe “*¿Dónde está Dios?*” el Rebbe respondió: *“Dios está en cada lugar donde lo-la dejemos entrar.”*

Hablar de teología es una jutzpá. ¿Quién puede decir que estudia a Dios? El Dios del cambio, el Dios benevolente, el Dios presente, no necesita ser estudiado, sino invitado. Las puertas del hospital pediátrico Scottish Rite en Atlanta-Georgia se abrieron de par en par, y allí, en el abrazo, en las lágrimas, en las memorias cultivadas, en el dolor, en la íntima opresión, en el desgarrador encuentro, allí cuando el drama sofoca, Dios entró.